

Ocho años de presidencia republicana en los EEUU

Las elecciones presidenciales norteamericanas y la victoria de los demócratas me llevan a preguntarme cómo ha sido posible que los republicanos hayan gobernado durante ocho años en la que ha sido, probablemente, la peor presidencia de la historia de los EEUU. Y todo ello sin que parecieran afectarles los escándalos económicos, el declive del nivel de vida de la clase obrera norteamericana, unos servicios e infraestructuras públicas propios de un país de pacotilla y una política exterior enloquecida que nos ha llevado al borde de la catástrofe. Estoy convencido de que si los demócratas hubieran padecido este Gólgota no habrían aguantado ni la mitad de lo que han aguantado los “neocon” antes de ser derrotados en las urnas.

Es verdad que la política norteamericana es muy distinta de la europea y que los europeos no tenemos nada que envidiar al modo en que los norteamericanos conciben la *res publica*. Pero estas diferencias no pueden ser la coartada para que no intentemos entender por qué los republicanos se han ido salvando del desgaste político hasta que la catástrofe de su gestión ha sido absoluta. Debe haber algún tipo de explicación más allá de las particularidades de la cultura política norteamericana que permita a los europeos saber qué es lo que ha pasado en los EEUU en estos últimos ocho años y, con ello, saber también qué posibilidades existen de que en el futuro no se repita esta historia. Además, estoy convencido de que las “lecciones norteamericanas” pueden servir para conjurar algunos intentos de reorganización de la derecha española desde el extremismo “neocon”.

En la búsqueda de explicaciones plausibles sobre la capacidad de resistencia mostrada por los republicanos durante los últimos ocho años, hay tres autores norteamericanos cuya lectura me parece muy pertinente. Por un lado, se encuentra Robert D. Kaplan, periodista y simpatizante de los republicanos. Por otro, tenemos a Thomas Frank y Joe Bageant, también periodistas aunque, a diferencia de Kaplan, se sitúan a la izquierda del partido demócrata.

Robert D. Kaplan, neoyorkino, corresponsal de guerra especializado en política internacional, ofrece una visión hobbesiana de los EEUU. Partiendo de una concepción realista de las relaciones internacionales y de una perspectiva antropológica negativa emanada de la Tora (en la que el hombre es por definición un ser pecador que necesita de un control autoritario), Kaplan se enorgullece de que los EEUU se hayan forjado como nación y como primera potencia mundial gracias al estado de guerra permanente en el que viven desde hace más de dos siglos. Desde el punto de vista de Kaplan, lo que une a los ciudadanos norteamericanos con sus políticos no es el éxito en la política interior sino un ideal militar de misión en el mundo, estando ese ideal impregnado por el designio

religioso de que los EEUU son la nación elegida para realizarlo. En consecuencia, a los políticos norteamericanos les es fácil conseguir un plus de apoyo y de votos apelando al concepto de potencia imperial y sometiendo la política interior a los imperativos de la política exterior. El partido que sepa manejar mejor estos resortes contará con una ventaja adicional en las elecciones. Es evidente que en los últimos años los republicanos han pulsado sin escrúpulos esta fibra sensible de la conciencia de los norteamericanos y que gracias a ella, a pesar de sus fracasos, han aventajado a los demócratas.

Según Kaplan, la tradición colonialista e imperial de los EEUU debe continuar porque en ello se dirime el futuro y la esencia de Norteamérica. Y en la raíz de esa tradición están algunos de los viejos Estados de la Confederación y su evangelismo marcial “que aportan a las fuerzas armadas estadounidenses su verdadera alma religiosa.” Para Kaplan los suboficiales de las fuerzas armadas, que son la espina dorsal de todo ejército, están imbuidos de una misión trascendente que consiste en realizar los planes del Todopoderoso en la tierra. Además, Kaplan reconoce, y se muestra muy satisfecho al hacerlo, que el ejército es un buen instrumento para que el gobierno canalice la testosterona de los jóvenes varones hacia fines nacionales útiles y para que se reduzca la violencia pandillera en los EEUU. Con estos antecedentes no es de extrañar que Kaplan haya recibido una gran acogida en la administración Bush (ha sido conferenciante para la CIA, el FBI, el Pentágono y la Agencia de Seguridad Nacional, además de asesor del cuerpo de marines, la fuerza aérea y las fuerzas especiales) y también en los medios de comunicación neoconservadores, por ejemplo como analista político en la gran maquinaria propagandista de la Fox.

T. Frank y J. Bageant ofrecen un análisis político aparentemente contrario al de Kaplan. Para empezar, ajenos a la cosmopolita Nueva York, estos periodistas son naturales de dos estados, Kansas y Virginia, en los que el empobrecimiento material de la clase obrera blanca y protestante ha ido de la mano del aumento del fanatismo religioso y de un individualismo violento, basado en la libre tenencia de armas de fuego, enemigo del gobierno federal y de cualquier asunto que huelga a intervención pública y sindicatos.

Según estos dos periodistas la pregunta que tenemos que hacernos para explicar estos ocho años de hegemonía neoconservadora es la siguiente: ¿cómo es posible que los sectores peor pagados de la clase obrera blanca norteamericana, aquellos que no tienen un seguro médico, que están asfixiados por el pago de sus hipotecas basura y que pueden ser despedidos sin indemnización de un día para otro, hayan votado una y otra vez a los que han convertido su vida en una desdicha permanente? ¿Qué reprochan Bageant y Frank a los progresistas norteamericanos? Fundamentalmente que se dejaron achicar el terreno político cuando todo parecía favorecerles. Ambos coinciden en que los progresistas fueron

muy timoratos ideológicamente (algunos no daban más de sí o se identificaban con los republicanos), además de comodones y arrogantes. Abandonaron a sus aliados objetivos, dejaron a la clase obrera en la estacada e inerte frente a sus enemigos, cambiaron sus costumbres por otras más sofisticadas sin explicar las razones y sin intentar convencer a los demás de que era bueno que también lo hicieran, dejaron la calle por los despachos y creyeron que porque tenían razón todo el mundo se la iba a dar.

En cambio, mientras los progresistas se relajaban, las bases republicanas reforzaban su estructura en cada ciudad, hacían proselitismo puerta a puerta, permanecían en los vecindarios cada vez más degradados en los que vivían, dedicaban más horas y más esfuerzo a atraer a nuevos votantes y no cayeron en el error de pensar que una mentira o una exageración se desmonta por sí sola por el mero hecho de serlo.

Como subraya Bageant, la plataforma “neocon” del Partido Republicano comprendió a la perfección los cuatro principios básicos del alma política norteamericana: 1) la emoción como sustituta del pensamiento; 2) el miedo; 3) la ignorancia y 4) la propaganda.

Los republicanos trabajaron sin desmayo para conseguir que la gente creyera que es mejor pensar con las vísceras que con el cerebro; que si mi vecino puede matarme es mejor que lo mate yo primero o que si en un país hay terroristas es mejor lanzarle algunas bombas atómicas para conjurar el riesgo aun cuando ello suponga aceptar cientos de miles de víctimas colaterales; que es más cómodo que otros tomen decisiones políticas mientras yo disfruto engullendo comida basura y viendo las carreras Nascar, y que una idea repetida mil veces es una buena idea al margen de lo que manifieste. Gracias a la aplicación sistemática de estos principios los republicanos conquistaron la hegemonía cultural de la América profunda.

El instinto de supervivencia política llevó a los republicanos a saber que su fuerte no estaba en el discurso económico al estar tan implicados en la defensa del interés de las grandes empresas y de los especuladores, y más ahora que la teoría de la desregulación de los mercados, su santo grial de la economía, se derrumba sin remedio. Además, tras ocho años de gobierno el legado económico republicano se ha ido convirtiendo en una ciénaga en la que la desregulación ha alimentado una fauna compuesta por hipotecas y bonos basura, activos tóxicos, estafas piramidales, créditos recíprocos, manipuladores contables, agencias de calificación corrompidas, especuladores insaciables y directivos multimillonarios que recibían primas escandalosas por mandar al paro a trabajadores de empresas solventes. Y esa ciénaga en la que se ha ido hundiendo la economía real nos ha llevado a la

mayor intervención pública del gobierno norteamericano en las finanzas y en la industria desde la Segunda Guerra Mundial.

Por tanto, los republicanos huyeron como del tifus de la discusión sobre la economía y llevaron el combate político al ámbito de la cultura y de la moral. Y lo hicieron colocando en la agenda política los temas que les convenían (darwinismo, aborto, armas de fuego, eutanasia, crucifijos, obligatoriedad de la oración en lugares públicos, tiranía del gobierno federal, negación del cambio climático, arrogancia de Hollywood, matrimonios y adopciones homosexuales, antifeminismo, etc...) forzando a sus adversarios a discutir sólo sobre ese listado de cuestiones y bajo los límites previamente establecidos por ellos. Y esto mientras en la economía se sucedían los escándalos y se gestaba una crisis de proporciones planetarias.

Como en un combate de boxeo amañado la estrategia de los republicanos consistió en que se hablara sólo de lo que les interesaba y con el vocabulario que les interesaba, fijando sólidamente su posición en cada debate y colocando la de sus oponentes en una situación de flagrante inferioridad.

Para lograr determinar la agenda política, los republicanos contaron con poderosos aliados junto a buenas dosis de estupidez por parte de sus oponentes. Sus aliados han sido el dinero, la perseverancia y una legión de antiguos ultraizquierdistas que han defendido con el fanatismo del converso aquello que ayer criticaban con no menos contundencia. Y por si con todo esto no fuera suficiente, contaron con la indolencia de sus adversarios que, sin rechistar, se dejaron llevar a esta trampa convencidos de que la superioridad de sus argumentos aplastaría el confuso magma ideológico republicano en el que, al menos hasta ahora, han convivido con naturalidad extrotskistas y mormones, telepredicadores y hippies quemados, multimillonarios y desahuciados, conservadores religiosos y anarcocapitalistas ateos. Durante estos ocho años los progresistas fueron derrotados una y otra vez en este combate tan desigual dejando irresponsablemente en manos del neoconservadurismo la hegemonía cultural de la Norteamérica profunda. En síntesis, a los "neocon" no los derrotaron sus adversarios. Electoralmente se derrotaron ellos mismos.

A simple vista, y a pesar de situarse en las antípodas ideológicas, la descripción de Kaplan, un neoconservador muy viajado, parece muy diferente de la de Thomas Frank, populista de izquierdas, y de la de Joe Bageant, comunista. Pero esto ocurre sólo en la superficie porque una lectura sosegada de los ensayos y artículos de estos autores muestra sorprendentes afinidades. Por ejemplo, los tres coinciden en la importancia que tiene el factor religioso para aglutinar una sociedad ferozmente individualista que se resquebraja por momentos. Lo que sí es distinto es la valoración que esto les merece. Para Kaplan el evangelismo sureño es la seña de identidad de los EEUU, de modo que si peligró aquél peligró la integridad

de la nación. En cambio, para T. Frank y J. Bageant este recurso al integrismo religioso muestra la situación desesperada en la que viven muchos norteamericanos que necesitan del opio de una religión autoritaria para soportar una existencia mezquina. También coinciden en la importancia estratégica que tiene una política exterior agresiva en la conformación de la política nacional, si bien para Kaplan esto es natural y saludable mientras que para T. Frank y J. Bageant este es un peaje insoportable que deforma lo mejor del espíritu norteamericano. Finalmente, los tres ponen el acento en estudiar los aspectos culturales e ideológicos para comprender qué son y a qué se enfrentan los EEUU en un mundo globalizado y cada vez más multipolar, aunque sus diagnósticos sobre cuál es el camino correcto que deben tomar los EEUU sean radicalmente distintos. Kaplan propone que nada cambie en la política norteamericana, mientras que Thomas Frank y Joe Bageant advierten que deben cambiar muchas cosas para que los ciudadanos norteamericanos tengan la oportunidad de una vida mejor.

Advertido todo esto, no tengo la menor duda de que Kaplan, a pesar de la brillantez de su exposición y de su estilo mordaz, se equivoca totalmente. Los EEUU no pueden empeñarse en seguir por un camino que les conduce al desastre. Y añadiría algo más: el mundo ha cambiado tanto desde la invasión de Kuwait y el declive norteamericano es ya tan evidente que otras potencias limitarán su poder a medio plazo. No sirve de nada cerrar los ojos y empeñarse en lo contrario, por lo que resulta muy paradójico que un realista de las relaciones internacionales como Kaplan no asuma este hecho incontrovertible.

Durante esos ocho años el neoconservadurismo irradió sus valores al resto del mundo, incluida España. Pero esta historia, fascinante y poco tratada, merece otro artículo.

Emilio Alvarado Pérez
16 de diciembre de 2008